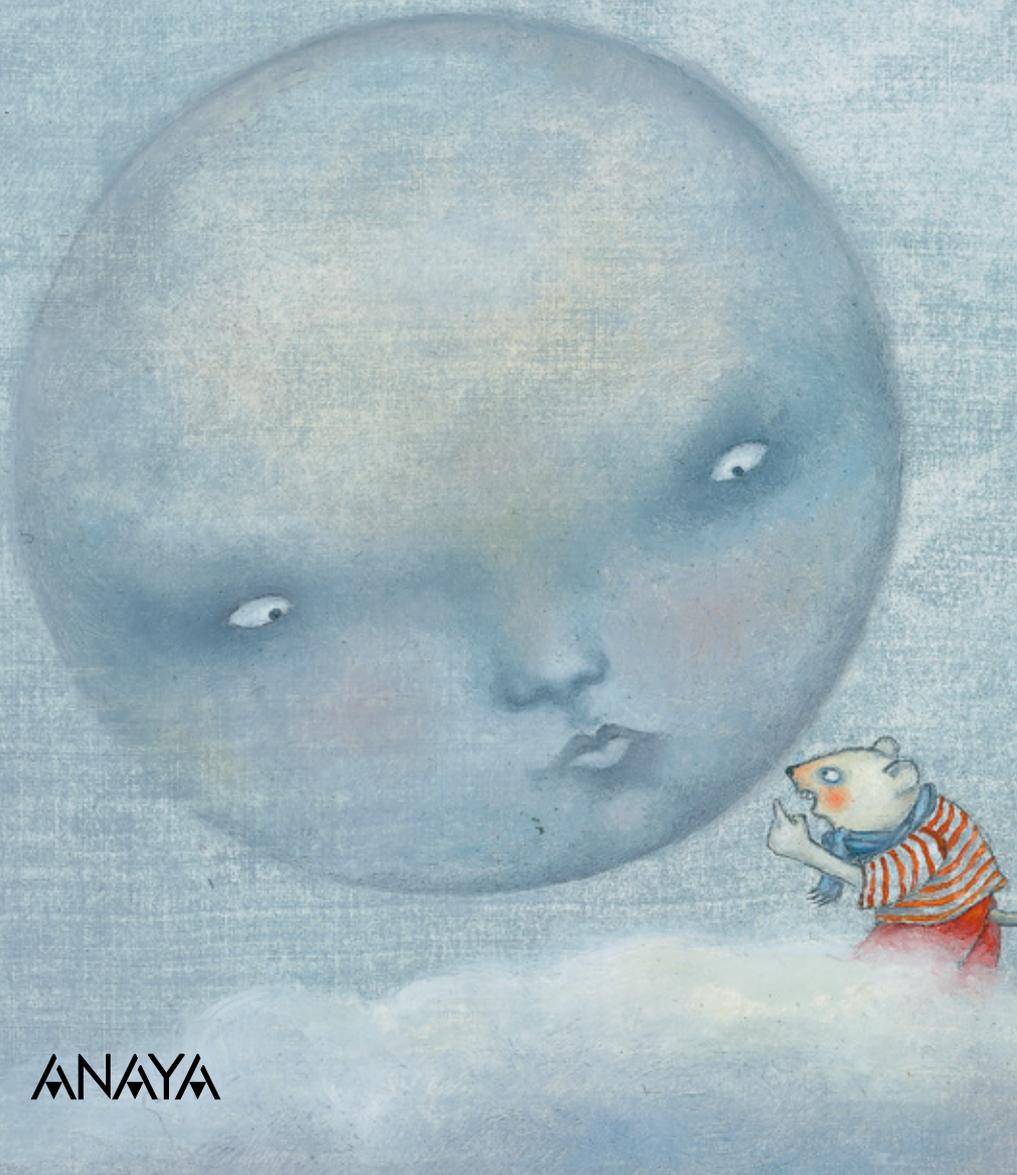


Dijo el ratón a la luna...

Antonio García Teijeiro



ANAYA

1.ª edición: febrero 2020

Título original: *Un rato dixolle á lúa*

- © Del texto: Antonio García Teijeiro, 2013, 2018
 - © Del prólogo y la selección: Fran Alonso, 2013, 2020
 - © De la ilustración: Xosé Cobas, 2013, 2020
 - © Edicións Xerais de Galicia, S. A., 2013
 - © De la traducción: María Jesús Fernández, 2020
 - © De esta edición: Grupo Anaya, S. A., 2020
- Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

Diseño: Gerardo Domínguez

ISBN: 978-84-698-6575-0
Depósito legal: M-36813-2019
Impreso en España - Printed in Spain



Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Dijo el ratón a la luna...

Antonio García Teijeiro

Antología
de Fran Alonso

Ilustración:
Xosé Cobas

ANAYA

Índice

«Un ratón, la luna, las palomas y la poesía».	
Prólogo de Fran Alonso	9
<i>Dijo el ratón a la luna...</i>	
Antología poética.....	17
Relación de poemas y obras.....	151

Prólogo

Un ratón, la luna, las palomas y la poesía

Todo comenzó uno de esos días en los que la luz es tan transparente que ilumina con fuerza mágica. No sé si sería una mañana de otoño, pero seguramente lo era. Y, si no es así, nos lo inventamos. Atravesando la calle, para tejer dibujos sobre el cielo, tres palomas cansadas se posaron de repente en la barandilla de la ventana del aula donde Antonio García Teijeiro estaba dando clase. Antonio, sorprendido, interrumpió la lectura en voz alta del libro que les leía a sus alumnos y alumnas y miró a las palomas con una sonrisa silenciosa. Las vio tan tristes que dejó el libro, se dirigió al encerado, y les escribió un poema. Sintió que el corazón

le dictaba los versos, así que, en agradecimiento a las palomas, les mandó un beso. Aquella mañana, algo importante que Antonio García Teijeiro llevaba oculto en el corazón huyó libremente hasta el encerado y quedó para siempre escrito en versos. A partir de ese día, y hasta hoy mismo, Antonio dejó abierta, para todos nosotros, la puerta por la que se le escapan los versos y en ellos empezaron a crecer la luna, el sol y muchos, muchos poemas de su corazón.

La luna, esa enorme bola de queso que flota en el cielo, alumbra sus poemas desde entonces. A veces lo hace meciendo, con mucha ternura, a una niña. Otras, lo hace sentada en las nubes y dictándole los versos al poeta. Lo sé yo, y, además, me lo ha confesado un ratón que está enamorado de la luna.

Se cuenta en secreto que la luna descubrió en Antonio a un gran poeta. Un poeta de *Coplas*, un poeta de *Aloumiños*, un poeta de *Nenos*. Así se titulan sus primeros libros, esos que parecen sencillos y que, sin embargo, están entre los más profundos. ¿Sabes por qué? Porque la luna ha dejado impreso en ellos un sabor antiguo, un sabor de cuna, un sabor sincero que se nos mete dentro.

Con cada nuevo libro, su verso ha ido creciendo, como un mar de espuma, como un mar de plata, como un mar de bruma. Y los poemas de Antonio se enredan

en nuestros labios, divertidos, lúdicos, pero también nos hacen sentir, y pensar, empujándonos con sus vientos de ideas y emociones juguetonas.

Un día, de repente, todos los versos que le gustaban ardieron en una hoguera. Fue una hoguera grande, adornada de chispitas, que Antonio encendió como homenaje a sus poetas. Quería celebrar todos los poemas que otras personas habían escrito y que él había podido leer durante años. Aquellos poemas lo hicieron crecer, lo hicieron volar. El libro se titula *Na fogueira dos versos* y le supuso reconocimientos tan importantes como el Premio Merlín de Literatura Infantil, o el Premio Pier Paolo Vergerio, que se concede en Italia. Se dice que, para Antonio, ese libro es muy, muy especial. Además, es el libro gracias al cual mucha más gente conoce su poesía.

Aquel fuego de la hoguera ha generado mucho humo, más de un *Caderno de fume*, y de esos cuadernos han brotado nuevos libros en los que la luna ha encontrado cobijo para regalar su luz reveladora sobre la poesía. A la sombra del *Lueiro de papel*, los versos de Antonio gritan contra todas las injusticias del mundo: la pobreza, la guerra, la discriminación, la soledad, la marginación, la indefensión de la infancia...

Triste y dolido, Antonio lanzaba, escondida en cada verso, una paloma de la paz que escribiría en el cielo

un poema con versos de sal. Porque, ¡ay, cuánto hablan las palomas que hablan y, ay, cómo danzan con los mirlos volando sobre los ríos! Las palomas, como aquellas tres cansadas que se posaron en la ventana del aula donde Antonio García Teijeiro estaba dando clase, llevan con ellas un verso, que es una canción de paz y de progreso.

Por eso, los poemas de *Dijo el ratón a la luna...* están teñidos de amor, de cobijo, de concordia y también, también, también, de música. De todas las músicas. Porque las palabras de Antonio viajan siempre envueltas en canciones. Se dice que la música ha labrado un rastro imborrable en su vida. Comentan las buenas y malas lenguas que él es una persona que ama la música, que disfruta con ella, e, incluso, que su alma se pierde y se diluye en la música, porque la música le aporta vida a ese cuerpo grande que tiene.

Paseniño, paseniño, poquito a poco, Antonio ha seguido construyendo sus versos a lo largo de los días, y con ellos lanza un enorme grito de libertad, un grito solidario contra la infamia, una y otra vez, una y otra vez, con ese ritmo certero e inequívoco que tiene la lluvia. Es como si lloviera sobre los versos, *Chove nos versos*, como si la lluvia menuda teclease sobre ellos su ritmo mágico y juguetón, y detrás de cada palabra pudiésemos escuchar la respiración de la luna, del

sol, de las nubes, del viento, de la noche... Es como si, debajo de esa lluvia, bailasen las palomas, bailasen los ratones, bailasen las hojas, bailase el amor y bailasen los versos una danza mágica y antigua. Pero no pienses que eso lo hace cualquiera. Eso solo puede hacerlo un poeta que es capaz de contagiar la poesía, de extenderla a través de la piel de las personas como una gripe invernal. Y yo, te lo prometo, he visto como sus versos danzaban desafiantes una noche de luna llena.

Antonio continúa escribiendo a la luz de la luna, lanzando versos al aire. Y en el *aire sonoro*, los versos resuenan creando música. La música ha empapado de ritmo sus poemas, simpáticos, hermosos, divertidos, sensibles, punzantes, libres, salados, mágicos, otoñales, perennes. ¿No te has fijado en que los versos de Antonio García Teijeiro nunca pierden la hoja, ni siquiera en otoño? Y es así porque son como árboles perennes, esos que están siempre ahí, frondosos, espesos, con las ramas llenas de vida, silbando una canción hermosa y triste al mismo tiempo, una canción que nos impregna con su ritmo envolvente y travieso. Sus poemas permanecen, al abrigo del tiempo que pasa.

Ahora lo dice a voces incluso el mar, agradecido porque Antonio García Teijeiro ha sabido poemarlo.

Ha sabido *Poemar el mar*. Y lo ha hecho con la cantidad tan exacta y precisa de sal que de la ebullición ha germinado el Premio Nacional de Literatura Infantil y Juvenil. ¿Lo sabías? Es fácil darse cuenta, porque ha subido la marea de versos y nos ha atrapado en la orilla, rociándonos el cuerpo de salitre. Sin duda, Antonio ha sabido ser un gran capitán del viento y del mar.

En fin, aquí tienes la poesía de Antonio García Teijeiro. Todo esto que te he dicho y muchas cosas más, es lo que me han contado a mí de sus poemas. En realidad, también me lo contó la luna, que baña sus versos de esperanza. De esa esperanza que un poeta grande como él nos susurra en cada poema.

Lo que yo he hecho ha sido seleccionar estos poemas que pertenecen a los distintos libros de Antonio y meterlos en esta antología, a la que también le he puesto título. He hecho esta antología por varios motivos: primero porque Antonio me lo pidió y, para mí, aceptar ese reto suponía la aventura de sumergirme en la poesía de un magnífico poeta y de una excelente persona; segundo, porque hacerlo ha sido un verdadero placer, tanto que —¡no lo cuentes!— he bailado en secreto con sus versos. Y tercero, sin que él se diera cuenta, quería yo hacer mío un trocito de esa luna que ilumina sus versos. Pero me descubrió un ratón. Y el

ratón se lo dijo a la luna. Y la luna me miró asombrada; tuvo ganas de reírse, pero ella, que es generosa, me ha prometido unos versos para mí.

Así que ahora ya no tengo más secretos que contarte. Es el momento de que te adentres en la hojarasca de este libro. ¡Qué es divertido e inmenso! Que cautiva y huele de maravilla. Seguro que llegarás hasta el final, pero cuando llegues... ¿Querrás salir?

FRAN ALONSO

Dijo el ratón a la luna...

A Susi, Noa, Antón, Erin, y Libby que han escuchado al ratón hablando con la luna desde hace muchos años.

A Paco Ibáñez. Por su generosidad y por la pasión que expresan su guitarra y sus palabras. Y a Chus Fernández.

ANTONIO GARCÍA TEIJEIRO

A Ángeles y Pablo, con Lucía.

XOSÉ COBAS

Tres palomas fatigadas
junto a aquel niño llegaron.
El muchacho les dio un beso,
las palomas se quedaron.
El niño con sus caricias
les dio consuelo y amparo.
Al niño de blancas manos
las palomas no olvidaron.

*A aquellos alumnos y alumnas de un tiempo
hermoso que, en su momento,
le dieron vida a este poema.*

Uno, dos, tres,
vuelan palomas al bies.
Cuatro, cinco, seis,
llegan al balcón del rey.
Siete, ocho, nueve,
vuelan y vuelan y llueve.
Nueve, nueve y diez.
¡Lo contamos otra vez!

Dos gaviotas de la niebla
bailaban una muiñeira
justo en medio de la calle
con una gaita gallega.
Tocaba conchas la luna,
panderetas, las higueras,
luciérnagas alumbraban
oscuridades enteras.

–Luna, acércate aquí.
–No tengo fuerzas, muchacho.
–Luna, mira para mí.
–No tengo ojos, muchacho.
–Luna, ve corriendo allí.
–No tengo ganas, muchacho.

El chico, triste y con pena,
dibujaba en un papel
muchos vientos, muchos ojos,
tres sillas color de miel.
Las lágrimas de la luna
le mojaron su papel.

Mi niño canta y canta
y no deja de cantar.
Los pájaros le hacen coros
bajo la luz de metal.

Las olas marinas tallan
estatuas de agua y de sal.
Las sonrisas de las niñas
le hacen cosquillas al mar.

Mira ese niño callado,
tan menudo, tan pequeño.
Mira si tiene en su rostro
las huellas de los inviernos.

Yo veo muy bien la luna
sentadita entre las nubes.
Si tú también quieres verla,
apaga todas las luces.

Que los árboles griten.
Que los árboles hablen.
Que se caigan las hojas,
y que entierren los males,



Una barquita dorada
navegaba por el monte.
Iba buscando una estela,
perdida en el horizonte.

La barquita despistada,
lejos, muy lejos del mar,
encontró por fin su cuna
en las manos de un chaval

Caminan por la montaña
y caminan por los prados,
unos amores perdidos,
unos amores callados.

Amores de niña rubia,
amores de niña clara.
Caminan entre los prados,
caminan por la montaña.

Dijo el ratón a la luna es el cofre de los tesoros de la poesía de Antonio García Teijeiro. En su interior se guarda la esencia de sus versos, la poción mágica con la que, en palabras de Fran Alonso, «la luna dejó impreso en ellos un sabor antiguo, un sabor a cuna, un sabor sincero que se nos mete dentro».

García Teijeiro atesora en su haber treinta y un años escribiendo poesía infantil. Desde la publicación de *Nenos* (1988), sus versos se enredan en los labios de los lectores y lectoras, «divertidos, lúdicos, pero también haciéndonos sentir, y pensar, empujándonos con sus vientos de ideas y emociones juguetonas».

Dijo el ratón a la luna exprime, antologados por Fran Alonso, esos treinta y un años de poesía infantil.



ANAYA

www.anayainfantilyjuvenil.com

ISBN 978-84-698-6575-0



9 788469 865750

1562539